

## **Domingo 15 del Tiempo Ordinario**

### **+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas**

*En aquel tiempo se presentó un letrado y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?*

*Él le dijo: ¿Qué está escrito en la Ley?, ¿qué lees en ella?*

*El letrado contestó. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu ser. Y al prójimo como a ti mismo.*

*Él le dijo: Bien dicho. Haz esto y tendrás vida.*

*Pero el letrado, queriendo aparecer como justo, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?*

*Jesús dijo:*

*Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino, y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios, y, dándoselos al posadero, le dijo: Cuida de él y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta.*

*¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos?*

*El letrado contestó: El que practicó la misericordia con él.*

*Díjole Jesús: Anda, y haz tú lo mismo.*

**Palabra del Señor**

# Homilías

(A)

Hay cosas que uno creía olvidadas y que de cuando en vez vuelven a la memoria. Por ejemplo, recuerdo que, cuando era niño, era bastante frecuente escuchar que a los niños se les decía: “no mires, mira al otro lado”. Esto, cuando no se quería que el niño viese algo inconveniente.

Pero ahora me doy cuenta de que hemos aprendido muy bien la lección.

Porque, ¡vaya si hemos aprendido a mirar “para otro lado”!

Cuando vemos los niños de la calle que nos piden para un pan, nosotros miramos para otro lado.

Cuando vemos esa basura de nuestras calles, nosotros miramos para otro lado.

Cuando vemos a alguien necesitado, nosotros miramos para otro lado.

Cuando vemos que los hijos nos quieren hablar de algo, nosotros miramos para otro lado.

Cuando la esposa quiere compartir algún problema, nosotros miramos para otro lado.

Cuando alguien nos quiere pedir algún servicio, nosotros miramos para otro lado.

Cuando vemos a ese anciano que necesita que alguien le escuche, nosotros miramos para otro lado.

Cuando hay que dar cara por la verdad, nosotros miramos para otro lado.

Cuando hay que defender la justicia, nosotros miramos para otro lado.

Cuando es preciso defender al ausente porque están rajando de él, nosotros miramos para otro lado.

Cuando los hijos comienzan a salirse del camino, nosotros miramos para otro lado.

Cuando la familia se está destruyendo, nosotros miramos para otro lado.

Cuando la sociedad se está hundiendo en la cultura de la vulgaridad, nosotros miramos para otro lado.

Incluso cuando Dios comienza a hablarnos al corazón, nosotros preferimos mirar para otro lado.

Porque eso de “mirar para otro lado” es una manera muy diplomática de no comprometerse con nada.

Quedar bien porque nosotros no hemos visto nada.

Y tener suficientes razones para que nadie nos fastidie.

Lo que todavía no me explico es cómo todos seguimos teniendo una cara que mira de frente y no para un lado.

Todavía no me explico cómo tenemos dos ojos que miran de frente y no para un lado.

Como tampoco logro explicarme cómo es que caminamos de frente y no como los borrachos para un lado.

Mirar la realidad “mirando para otro lado”, puede ser algo muy sencillo para desentendernos de las cosas. Pero que así no se soluciona nada, también es cierto.

Además, ¿no sería mucho más noble mirar las cosas de frente, como son, aunque luego nos desentendiésemos de ellas?

El sacerdote y el levita de la parábola no sólo “miraron al otro lado”, estos fueron más listos. Dieron un rodeo, así ni necesitaban correr el peligro de quedarse bizcos. Quien mira “al otro lado” siempre le queda la curiosidad. Pero cuando das un rodeo no te enteras de nada. Claro que quien “da un rodeo” es porque algo ya vio. Pero ni siquiera sintieron la curiosidad de ¿qué había pasado?

Tú te imaginas a Jesús “mirando al otro lado” o “dando un rodeo”:

Cuando se le cruza un ciego en su camino.

Cuando se encuentra con un leproso que le grita desde la acera.

Cuando le ponen por delante a un paralítico.

Cuando pasa delante de Mateo sentado a la mesa de los impuestos.

Cuando pasa delante de los pescadores en el lago.

¡Claro que miró al otro lado!

Miró al lado donde estaban los hombres.

Miró al lado donde estaba el enfermo.

Miró al lado donde estaba el publicano.

Miró al lado donde estaban la barca y las redes y los pescadores.

Lo más fácil sería seguir adelante, “mirando al otro lado”:

No perdiendo el tiempo con los demás.

No perdiendo el tiempo en su camino.

No distrayéndose de sus preocupaciones.

Pero, para Jesús, el hombre que tiene en su camino:

Es más importante que el tiempo que se cree perder con él.

Cuando se trata del hombre Dios tiene todo el tiempo.

Porque el hombre es más importante que todas las prisas de llegar.

Jesús critica severamente a quien por vivir abstraído en sus obligaciones para con Dios pasa de largo de cuantos le necesitan.

Nuestra experiencia humana es muy sabia. Se nos quedan grabadas personas que no son «un prodigio de nada», pero que son bondadosas, serviciales... Hay gente «prodigio» que no nos dice nada. Sin embargo, siempre nos dicen algo las gentes de bondad, los dispuestos a prestar un servicio, los que tienen una palabra amiga, los que van con el corazón en la mano y lo reparten, los que cuando necesitas algo y piensas a quién le

puedes pedir que te eche una mano no dudas en ir a ellos ¡y no te equivocas!

Jesús nos recuerda hoy que no hay verdadero amor a Dios si no atendemos al hermano.

La parábola es tan clara que no necesita que le demos muchas vueltas. Lo único importante es el final: «Anda, haz tú lo mismo».

## (B)

En el Evangelio de hoy podemos fijarnos en la religiosidad de los tres que vieron al herido. Para el sacerdote y el levita la religiosidad era ir al templo, participar en las ceremonias, rezar y cumplir otras normas, pero los demás les traían sin cuidado.

Todavía hoy somos muchos los cristianos que nos contentamos con ir a la iglesia, rezar, cumplir ciertas normas y los demás nos importan un comino.

Para el samaritano y para Jesús la religiosidad era, por encima de todo, hacer bien al hombre, porque todo lo que de bien o de mal hacemos al hombre se lo hacemos a Dios.

Los judíos tenían la ley de no curar a los enfermos en sábado porque era para ellos día de descanso. Jesús pasaba por encima de las leyes y nada le paraba cuando estaba en juego el bien del hombre. Para pararlo tuvieron que matarlo.

En la religiosidad de Jesús está la oración, pero la oración no es sólo hablar con Dios; es también escucharlo. La oración no es ocuparse de Dios para olvidarse del hombre; no. La oración es ocuparse de Dios para mejor servir al hombre.

La oración no es mala. Lo malo es la falta de oración o, si queréis, la oración falsa. Pongamos, por ejemplo, la de aquel sacerdote y aquel levita que después de orar en el templo pasan de largo ante la miseria humana.

En el mundo hay muchos problemas. Y algunos los arreglan los Estados. Pero siempre hay lugar para la compasión. Un minusválido puede recibir una pensión y recibir una silla de ruedas; pero un minusválido, sin una mano que le ayude a subir

las escaleras, se quedará sentado en su silla de ruedas. Los ancianos tienen todas las comodidades en una residencia, pero en esa residencia pueden morir de tristeza. Y hay hijos que no tienen compasión ni de sus propios padres.

Jesús nos dice a cada uno de nosotros: «Sed compasivos como Dios es compasivo». «Dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia».

En el mundo hay muchos caminos de Jericó. Y en esos caminos hay muchos heridos: jóvenes descontrolados y víctimas de traficantes sin conciencia, mujeres maltratadas, mujeres explotadas y engañadas por los bajos instintos, niños sin nacer amenazados de muerte, familias hundidas por bandidos que se las dan de personas honradas y andan por ahí tan campantes. ¡Hay tantas y tantas necesidades...!

Y estas necesidades tenemos que verlas. El sacerdote y el levita vieron al herido y, como si no lo vieran, pasaron de largo. A veces hay accidentes de tráfico y algunos automovilistas aprietan el acelerador para no complicarse la vida. Hay necesidades que se ven, pero como si no se vieran; se quedan en los ojos sin bajar al corazón.

El samaritano vio y se compadeció. Prestó los primeros auxilios, dio su tiempo y su dinero, y estaba dispuesto a hacer todo lo que hiciera falta a favor de aquel necesitado, a pesar de que los samaritanos y los judíos eran enemigos y aquel necesitado era judío.

Jesús jamás hizo milagros en beneficio propio, ni siquiera en los momentos de dolor, pero los hizo en beneficio de los demás. Hablando de sus milagros, los evangelistas escriben una y otra vez: Jesús tuvo compasión, Jesús se conmovió, Jesús dijo: Me da lástima esta gente.

Hermanas y hermanos: La palabra prójimo significa «próximo», «cercano», «el que está al lado». Un doctor de la ley, un especialista en leyes le preguntó a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?». Y Jesús, a su vez, le hace esta pregunta: ¿Cuál de los tres fue el prójimo del herido? ¿Cuál estuvo a su lado? Contestó

el doctor: «El que practicó la misericordia con él». «Anda -le dice Jesús-, haz tú lo mismo» (Lc 10,25,37).

Y estas palabras resuenan para nosotros desde hace casi dos mil años: Anda y haz tú lo mismo. Sé compasivo.

### (C)

La parábola del Buen Samaritano, tan conocida por todos, tiene una carga muy fuerte de reflexión y de compromiso: "El camino del cristiano es el amor a los demás, sobre todo a los más necesitados".

La respuesta de Jesús al letrado es clara y contundente: "Haz tú lo mismo que el samaritano y tendrás vida".

Las personas, muchas veces en la vida, nos preguntamos por el sentido de la vida y la respuesta la encontramos en este evangelio: "Haz tú lo mismo ". Jesús une, identifica, el amor a Dios y al prójimo, como una misma cosa:

"No se puede amar a Dios si no se ama al prójimo y amando al prójimo, se ama a Dios".

"Quien dice que ama a Dios, pero no ama al prójimo, es un mentiroso". Todo lo que hagáis a los demás, a mí me lo hacéis".

"Venid, benditos de mi Padre" A pesar de todo esto que Jesús nos ha dicho, los cristianos muchas veces cambiamos los planteamientos de Jesús y decimos que amamos a Dios porque le rezamos mucho y al mismo tiempo nos despreocupamos del prójimo o nos preocupamos del prójimo para hundirlo.

Y esto es todo lo contrario de lo que Jesús nos dijo: "Nadie puede amar a Dios, si al mismo tiempo no ama al prójimo".

¿En qué personaje de los que habla Jesús en la parábola me veo yo retratado?

¿En los que pasan de largo?

¿En el sacerdote que dio un rodeo para no encontrarse con el herido?

¿En el samaritano, que sintió lástima, se acercó, le ayudó y le cuidó?

Este suele ser nuestro problema: Ante el prójimo necesitado, abandonado, maltratado, quizá pasamos de largo. Y el que pasa de largo ante cualquier necesitado, es un fracasado como persona, pero sobre todo como creyente es incapaz de entender a Jesús y de seguirle.

Que la PAZ que nos damos todos los domingos, antes de comulgar, sea de verdad un gesto de paz y de fraternidad, pero que sobre todo sea un compromiso sincero de que a lo largo de la semana vamos a procurar construir un poco más de amor y de solidaridad a nuestro alrededor.

## (D)

Acabamos de escuchar la lectura de la parábola del Buen Samaritano. A Jesús le preguntan: ¿Quién es mi prójimo? y Jesús les responde con una parábola, explicando cómo pueden ser ellos, y cada uno de nosotros, prójimo para los demás.

Todas las personas son nuestros prójimos. Las necesidades de los otros es la norma que debe dictar nuestra ayuda. No el mirar si son amigos, o de mi grupo, o de mi religión.

Jesús, para dar la explicación, escoge unos personajes significados de la sociedad: un sacerdote y un levita, oficiales sagrados y dignos de respeto; y un samaritano, personaje despreciado por los judíos, un hereje.

Los profesionales de la religión, el sacerdote y el levita, que debían ser fieles cumplidores del Mandamiento del Amor al prójimo: pasan de largo frente al necesitado.

El samaritano, el hereje, el enemigo de lo religioso, según los judíos, se para y le ayuda.

Nos podemos figurar el escándalo de los oyentes y por qué no, nuestro propio escándalo.

¿Qué nos quiere decir a nosotros, cristianos del Siglo XXI esta parábola?

En primer lugar, que el ser oficialmente cristianos, el hecho de estar bautizados, no nos hace, sin más, el ser fieles seguidores de Jesús y de sus Mandamientos.

Por el hecho de estar bautizados, ¿somos los mejores cumplidores del amor al prójimo? . Los que venimos a menudo al templo, ¿somos los que más ayudamos a los demás?

Si la respuesta a estas preguntas es el "sí", entonces esta parábola no está dicha para nosotros.

Pero si la respuesta es "no": entonces debemos aplicarnos el cuento de la parábola.

Lo cierto es que los cristianos al considerarnos en posesión de la "verdadera religión", al ser los cumplidores de las prácticas religiosas y piadosas, tenemos el peligro de actuar como el sacerdote y el levita: pasar de largo. Y además, solemos buscar disculpas para ello: tengo que acudir al templo, debo ir a orar, tengo otras ocupaciones, Dios sabe quién será, ¿de verdad será necesitado? Estas y otras excusas pueden y suelen apartarnos de la ayuda a los demás.

Creernos en posesión de la verdad, y creernos fieles cristianos, puede endurecernos el corazón, hacernos orgullosos y olvidarnos de las necesidades de los otros.

Solemos decir que amamos a Dios. Pero yo he podido constatar en mis años de cristiano y de sacerdote, que sólo he encontrado una forma de amar a Dios a quien no veo: Amar a los hombres y mujeres a los que veo y tengo cerca o lejos.

Ese otro amor, que decimos tener a Dios, en más bien, un buscar consuelos, satisfacciones en la oración y en las prácticas piadosas.

¡Ojo!, no es que desprecie, que deje a un lado las prácticas religiosas. Pero acabo de decir, que eso es falso, si no nos lleva al amor hacia los demás.

Porque, repito: para amar a Dios, debemos hacerlo, amando a nuestros hermanos.

Esta debe ser la norma de nuestra vida: aunque cueste. Jesús nos lo ha dicho muy claro en el Evangelio de hoy. "Vete y haz tú lo mismo".

## (E)

¿Y quién es mi prójimo?

Es claro que no podemos oír el evangelio como una cantinela que no nos sirve gran cosa para hacer nuestra vida. Cuando actuamos como gentes satisfechas y rutinarias, que vamos a la iglesia por cumplir, pero no estamos dispuestas a cambiar nuestra vida, es como si tomáramos el nombre de Dios en vano. En el evangelio no hay sólo una doctrina que tenemos que conocer, sino una forma de ser que tenemos que vivir. Un letrado le preguntó a Jesús qué tenía que hacer para heredar la vida eterna. Como era un letrado, se lo sabía bien. Hay que amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con todo el ser. Y hay que amar al prójimo como a nosotros mismos. Lo de amar a Dios parece que no le ofrecía demasiadas dudas al letrado. Su problema radicaba en el amor al prójimo. ¿y si el prójimo resultaba ser un extranjero, un delincuente, un pagano, un publicano o un enemigo? Quizás las sinagogas y las instituciones judías, en vez enseñar el amor universal y la tolerancia, se habían convertido en escuelas de sectarismo y de intolerancia. Parece que allí el amor al prójimo también tenía sus limitaciones.

Entonces Jesús contó una parábola muy sencilla. Habla de un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo dejaron medio muerto a la orilla del camino. Esta imagen me recuerda a muchas personas que también han caído en manos de bandidos o explotadores y son arrojados al paro, a la emigración, a la incultura, a la pobreza o a la marginalidad. Si abrimos los ojos, los podemos ver al borde de los caminos de la vida. En la parábola, Jesús cuenta que por aquel camino pasaron un sacerdote y un levita, que dieron un

rodeo y pasaron de largo. Seguro que Jesús quiere poner en cuestión una religión que cuida mucho el culto externo y descuida la misericordia y el buen corazón. Nos quiere decir Jesús que se puede ser gente de Iglesia y al mismo tiempo ser gente insolidaria. Seguro que Jesús había visto gente así. Ahora, por esos caminos de la vida donde yacen gentes malheridas, también transitan personas religiosas que dan un rodeo y pasan de largo. Pienso en todas esas gentes que en sus fiestas de bautizos, primeras comuniones o bodas hacen ostentación de vestidos, dinero y derroches, que son también una ofensa a los pobres del mundo. Y pienso también en todas esas gentes de Iglesia, dispuestas a sacrificarse por comprarle a la Virgen una corona, un manto o una carroza, pero que no están para aproximarse a los pobres del mundo. Y cuando se les pone cerca a los pobres (centros de ayuda a emigrantes, enfermos, ancianos, minusválidos, transeúntes, etc.) protestan y piden que se los lleven a otro sitio. Éste es el mundo de la insolidaridad y del egoísmo que mucha gente está construyendo y donde se da un rodeo para no aproximarse a los caídos de la vida. Después Jesús habló de un samaritano, que sintió lástima del herido y lo cuidó con verdadero mimo. Para los judíos, este hombre seguramente representaba a los que no vivían con intensidad su vida religiosa, pero Jesús dice de él que se acercó al herido, se hizo prójimo y le ayudó. Termina Jesús diciendo al letrado: «Vete y haz tú lo mismo». Este mensaje tan sencillo es también para nosotros. Los cristianos hemos aprendido de Jesús a acercarnos con cariño a los desgraciados del mundo. Queremos amar a Dios con todo el corazón y con toda el alma, pero también queremos estar cercanos y ser prójimos de todos los pobres del mundo.

## (F)

En el Evangelio de hoy podemos fijarnos en la religiosidad de los tres que vieron al herido. Para el sacerdote y el levita la

religiosidad era ir al templo, participar en las ceremonias, rezar y cumplir otras normas, pero los demás les traían sin cuidado.

Todavía hoy somos muchos los cristianos que nos contentamos con ir a la iglesia, rezar, cumplir ciertas normas y los demás nos importan un comino.

Para el samaritano y para Jesús la religiosidad era, por encima de todo, hacer bien al hombre, porque todo lo que de bien o de mal hacemos al hombre se lo hacemos a Dios.

Los judíos tenían la ley de no curar a los enfermos en sábado porque era para ellos día de descanso. Jesús pasaba por encima de las leyes y nada le paraba cuando estaba en juego el bien del hombre. Para pararlo tuvieron que matarlo.

En la religiosidad de Jesús está la oración, pero la oración no es sólo hablar con Dios; es también escucharlo. La oración no es ocuparse de Dios para olvidarse del hombre; no. La oración es ocuparse de Dios para mejor servir al hombre.

La oración no es mala. Lo malo es la falta de oración o, si queréis, la oración falsa. Pongamos, por ejemplo, la de aquel sacerdote y aquel levita que después de orar en el templo pasan de largo ante la miseria humana.

En el mundo hay muchos problemas. Y algunos los arreglan los Estados. Pero siempre hay lugar para la compasión. Un minusválido puede recibir una pensión y recibir una silla de ruedas; pero un minusválido, sin una mano que le ayude a subir las escaleras, se quedará sentado en su silla de ruedas. Los ancianos tienen todas las comodidades en una residencia, pero en esa residencia pueden morir de tristeza. Y hay hijos que no tienen compasión ni de sus propios padres.

Jesús nos dice a cada uno de nosotros: «Sed compasivos como Dios es compasivo». «Dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia».

En el mundo hay muchos caminos de Jericó. Y en esos caminos hay muchos heridos: jóvenes descontrolados y víctimas de traficantes sin conciencia, mujeres maltratadas, mujeres explotadas y engañadas por los bajos instintos, niños sin nacer

amenazados de muerte, familias hundidas por bandidos que se las dan de personas honradas y andan por ahí tan campantes.

¡Hay tantas y tantas necesidades...!

Y estas necesidades tenemos que verlas. El sacerdote y el levita vieron al herido y, como si no lo vieran, pasaron de largo. A veces hay accidentes de tráfico y algunos automovilistas aprietan el acelerador para no complicarse la vida. Hay necesidades que se ven, pero como si no se vieran; se quedan en los ojos sin bajar al corazón.

El samaritano vio y se compadeció. Prestó los primeros auxilios, dio su tiempo y su dinero, y estaba dispuesto a hacer todo lo que hiciera falta a favor de aquel necesitado, a pesar de que los samaritanos y los judíos eran enemigos y aquel necesitado era judío.

Jesús jamás hizo milagros en beneficio propio, ni siquiera en los momentos de dolor, pero los hizo en beneficio de los demás. Hablando de sus milagros, los evangelistas escriben una y otra vez: Jesús tuvo compasión, Jesús se conmovió, Jesús dijo: Me da lástima esta gente.

Hermanas y hermanos: La palabra prójimo significa «próximo», «cercano», «el que está al lado». Un doctor de la ley, un especialista en leyes le preguntó a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?». Y Jesús, a su vez, le hace esta pregunta: ¿Cuál de los tres fue el prójimo del herido? ¿Cuál estuvo a su lado? Contestó el doctor: «El que practicó la misericordia con él». «Anda -le dice Jesús-, haz tú lo mismo» (Lc 10,25,37).

Y estas palabras resuenan para nosotros desde hace casi dos mil años: Anda y haz tú lo mismo. Sé compasivo.

## (G)

Muchas veces me he preguntado: “¿en qué consiste ser cristiano hoy?”

En mi vida he leído demasiados libros con títulos bien provocativos: “La esencia del cristianismo”. Confieso que hasta

ahora me han complicado más la vida que todo lo que me han aclarado en mis dudas. En cambio, de una manera más simple y sencilla, con una simple parábola, Jesús me acaba de aclararlo todo.

“detenerse en el camino y no caminar dando rodeos cuando alguien me necesita”.

### **La fe de los piadosos**

Muchos nos damos por satisfechos con ser piadosos. Rezamos, oramos, comulgamos. Realmente Tenemos una relación muy buena con Dios. Bueno, eso creemos nosotros.

¿Será suficiente ser piadosos para ser buenos creyentes?

El Sacerdote “que bajaba por aquel lugar” era un hombre piadoso. Venía de Jerusalén, posiblemente de cumplir con los servicios del Templo.

El Levita también venía de Jerusalén, posiblemente de hacer comentarios e interpretaciones de la ley.

Sin embargo, fueron incapaces de detener su paso y acercarse al hombre caído y maltrecho del camino. Muy devotos de Dios, pero demasiado insensibles hacia el necesitado. A Dios se dirigían cada día de una manera directa. Pero llegados al hombre herido, prefirieron “dar un rodeo y pasar de largo”. “Ojo que no ve corazón que no llora”.

Nuestra piedad puede ser un gran peligro. Puede llevarnos a la autosatisfacción de sentirnos bien con Dios, y asegurarnos así nuestra salvación, pero haciéndonos insensibles ante los problemas del hombre que tenemos a nuestro lado.

La piedad y los actos piadosos son buenos, pero tienen el peligro de engañarnos. Tienen el peligro del individualismo religioso, de encerrarnos sobre nosotros mismos y en nuestra religiosidad, y de olvidarnos del compromiso con los demás.

### **Un hombre poco piadoso**

No sólo poco piadoso, sino pagano, infiel. Un samaritano. También él pasa por el mismo camino. También él ve al hombre caído y descalabrado por unos bandidos.

Posiblemente rezaba poco. Pero su corazón se enterneció ante aquel desconocido herido en el camino. Posiblemente también él llevaba prisa por llegar a destino. Pero la atención al hombre necesitado era más urgente que sus prisas. Ni dio rodeos ni pasó de largo. Bajó del caballo, le vendó las heridas y se lo cargó hasta dejarlo en una posada. Y se hizo cargo de los gastos que todos los cuidados implicaban. “Lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta”.

No se fijó si era judío o cualquier otro. Para él era un hombre. No se fijó si era uno de los que no se hablaba con los samaritanos. Era un necesitado.

No se fijó si alguien lo veía. Le era suficiente que él pudiera verlo herido.

No pensó que con ello se ganaría el cielo. Sencillamente manifestó su amor al prójimo.

No se le veía mucho por la Iglesia. Pero se le veía vendando las heridas de los demás.

No era muy amigo de curas. Pero llevaba dentro el amor al prójimo.

No daba mucha limosna a la Iglesia. Pero no le dolió abrir la billetera y gastar lo que fuese necesario para curar al hombre herido.

No se preguntó si sería un hombre bueno o se había merecido la paliza. Sencillamente vio en él a un hombre.

No se preguntó si algún día le devolvería el favor. Le bastó saber que era un hombre y estaba en malas condiciones.

“La religión puede endurecer el corazón de muchas personas“...  
“Terminan por dar más importancia a sus observancias que al dolor y las humillaciones que padece la gente”. (J.M. Castillo)

No hay verdadero amor a Dios donde falta el amor al prójimo. Y “mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar” (Benedicto XVI n.15) El segundo mandamiento es igual al primero. ¿Lo sabíamos?

**P. Juan Jáuregui Castelo**